

COLUMBIA UNIVERSITY SCHOOL OF INTERNATIONAL AFFAIRS  
INSTITUTE OF LATIN AMERICAN STUDIES

La Teoría Política Latinoamericana:  
Una Actividad Cuestionada

by

Dr. Carlos Real de Azúa  
Edward Larocque Tinker Visiting Professor  
Of History and Political Science  
Profesor Titular de Ciencias Políticas  
Universidad de la República, Uruguay

May 1st, 1973

Not for citation without  
permission of author.

En sus encantadoras memorias, Edward Larocque Tinker narra sus primeras experiencias en los grandes ranchos del sur de Estados Unidos y norte de México hacia principios de este siglo, en los años de su primera juventud. Y recapitula que “from Latin America always beckoned to me with the finger of romance.” Si traigo a colación este juicio no es sólo por pagar el tributo del recuerdo a la atractiva figura que da su nombre a la fundación cuya generosidad me ha permitido la frecuentación de una de las mayores universidades de América. También parece importante partir del reconocimiento que ya no es con el dedo del romance con el que Latinoamérica, casi tres cuartos de siglo después, llama a los norteamericanos (ni a nadie), ni la vida de nosotros, latinoamericanos, es una vida de romance ni la aún duradera percepción de dos mundos diferentes resulta contradictoria de que sean también dos mundos más semejantes (las pautas y las exterioridades de la sociedad industrial no conocen fronteras), más identificadas en el lote de sobrehumanos desafíos y problemas que

tienen que enfrentar, más acercados recíprocamente por procesos de latinoamericanización en uno, de norteamericanización en el otro. También, es de suponer, dos mundos cada vez más homogenizados al dividirse por antagonismos que no los separan como dos entidades masivas –concepción más bien infantil aunque de tenaz vida– sino que pasan dentro de cada uno de ellos, se entrelazan con los de la otra área y asumen una complejidad sobre la que sentencian sumariamente las ideologías y debe encontrar la ciencia la clave de la maraña.

Voy a referirme a las implicaciones que para una de esas ciencias tiene todo esto, aunque para un latinoamericano de mi generación sea bastante difícil considerarse irremediabilmente rotulado en un saber determinado y no sentir la tentación de asomarse a todos los que le rodean.

En la actividad intelectual latinoamericana la Ciencia Política parecería estar desplazando la hegemonía hasta hoy indiscutida de la sociología pero también, como sucedió durante ésta, aunque en grado más intenso, el universitario científicamente orientado tiene que convivir con el ideólogo y el propagandista, que creen a menudo cultivar la Ciencia Política, aunque se muevan en campos diferentes, si no siempre lejanos. Pero estas reflexiones no se refieren a ellos sino, más bien, a quienes concurren hacia un centro único desde diferentes rincones del horizonte. Esto es, desde la sociología académica, desde la historia general, o cultural o social, desde esos compactos de proposiciones científicas y de ideología de las que el marxismo es modelo, desde la teoría jurídica del Estado o el derecho público. Supongo que lo que los une (lo que nos une) es el rechazo, el desdén por la presunción de que el dominio científico sea un terreno bien acotado y guardado por alambradas de púa; también la convicción común de que la ciencia es un irse haciendo, un largo proceso que puede comenzar en la opinión educada que se vierte formalmente en “interpretaciones”, “teorías” e hipótesis que a veces pueden ser testadas por otros y recorren un dilatado trecho –si es que llegan– a la triunfal verificabilidad y predicción de las leyes. Un intermedio prolongado, en verdad, donde la única pauta de conducta valedera es la pretensión por un conocimiento lo más ordenado, sistemático y seguro que sea posible, la conciencia humilde de la considerable tarea a realizar y un invariable respeto por el espesor, la complejidad del entramado histórico-social.

No será ésta la primera vez que se señale, en los estudiosos que se acercan a la ciencia desde las ideologías sistemáticas, la habitual inclinación por un pensamiento deductivo, por una actitud que, como dice Maurice Godelier, que es alguien que conoce muy bien la tela, se acerca a la realidad más a reconocerla que a conocerla.

Tampoco sería esta la primera vez que se objetaría la frecuente futilidad con que las más elaboradas técnicas de la sociología empírica se han aplicado a costosos estudios sobre aspectos secundarios, solo relativamente significativos de la realidad política o social. Creo que tal es el caso de muchos análisis de sociología electoral cuando ellos carecen de dimensión histórica o de noción de la hondura del campo y que, por carecer de ella, conducen a asimilaciones erróneas con los procesos similares de sistemas políticos pluralistas estables que, para peor, son casi siempre peligrosas.

Hay, naturalmente, una tercera vía de acceso –y por ella hemos transitado algunos– para los que en Latinoamérica creemos trabajar –esto tal vez es también una presunción– en la ciencia política. Es la de la preocupación por el destino de nuestra constelación de pueblos y de cada sociedad nacional, en particular cuando ella ha asumido contornos más intelectuales que operativos, más problemáticos que militantes. O cuando, por lo menos, ha tratado de mediatizar actividad y militancia a exigencias de comprensión que no se satisfacen con los diagnósticos sumarios de las ideologías ni con los pronósticos de los programas políticos partidarios. En parte nos hemos nutrido con la historia en sus varias especificaciones, en tanto dimensión diacrónica de los problemas, sobre todo cuando hemos advertido como la historiografía tradicional y erudita despilfarraba tesoros de información fáctica por falta de esas categorías, de esos instrumentos que no brinda la historiografía misma sino más bien lo hacen la economía, la sociología, la antropología y la ciencia política, entre otras. En este plano de saber hacerle a la historia y también al presente las preguntas realmente importantes, de explotar racionalmente su material, me pregunto, por ejemplo, como nos manejaríamos hoy sin la distintas tipologías del desarrollo y la modernización, sin los conceptos de movilización, o de integración, o de demandas, sin la categoría sistemática de la reconciliación o el compromiso. O también, para poner ejemplos de otro campo intelectual, sin una taxonomía realista de las clases y sectores sociales, sin una secuencia de los sistemas económicos o de los modos de producción.

Otros han llegado a la ciencia política (pues debo seguir la recapitulación) desde la teorización rigurosa del “Staatslehre”, a la alemana, y su alto nivel de abstracción sistemática y que suele provocar –“a contrario”– un poderoso apetito por la concreción y la explicación del sistema.

Otros –a veces las vías, como en mi caso, se superponen– han llegado desde el interés por la filosofía política en su sentido tradicional, esto es, desde los griegos hasta ese momento, tal vez hacia la primera postguerra y la difusión de los neo-maquiavelistas, en que

el término fue cayendo en desuso y solo unos pocos, como es el caso de Arnold Brecht, de algunos neo-tomistas, siguieron fieles a ella. Más debería por ellos referirme a esa línea en que se combinan los contenidos normativos y los contenidos explicativos, a partir de Aristóteles, a través de Maquiavelo, Hobbes, Montesquieu, Tocqueville, Marx, Bagehot. Desde ellos sí, sin solución de continuidad y siempre dentro de la tradición cultural europea que nos ha sido más afín, accedimos a aquellos en los que, como en Weber, Michels o Siegfried la base empírica, el análisis, la explicación ya privan sobre la construcción de cualquier modelo normativo. Si a todo esto le pudiera llamar una plataforma de lanzamiento diré que es desde esta plataforma que recién alcanzamos la sociología política anglosajona y sus nombres más difundidos (Lasswell, Apter, Deutsch, Almond, Easton) y hemos visto abierto el abanico de unas técnicas a las que la generación a que pertenezco se ha asomado con curiosidad sin precisamente usarlas pero en las que otra posterior, con diferente proceso de formación, ya se mueve con toda soltura.

Pienso con todo que, de esta tediosa historia de motivaciones y de este inventario de tan graves limitaciones, puede resultar nuestra posición en una especie de limbo o tierra de nadie que probablemente se extienda entre la ensayística clásica y la investigación cabal, nuestro destino de desbrozadores de temas, nuestra situación de intemperie nacida tanto del rechazo de (o de nuestra inadecuación a) las filosofías políticas ya hechas como de la repulsa a la asepsia valorativa de la sociología académica, tan reacia a las premisas ideológicas sobre las que descansa, tan remisa en examinar las que va recibiendo.

No solo tan mal sino peor equipados para la previsión de lo que lo están todas las ciencias sociales, fuera de ciertas áreas más bien escasas, sin tiempo u otros recursos para la verificación de teorías al alcance medio, tal vez el mejor uso de nuestro destino sea el de tratar de concebir algunas de tal tipo de teorías para ofrecerlas a la aceptación o el rechazo posterior. La reflexión teórica misma, la construcción tipológica son (¿pero qué logro científico no empieza siéndolo?), más que nada, hijas de la observación del participante, del trabajo mental que realizamos sobre ella y de esa ponderada fertilización que ya ha producido resultados importantes. Me refiero a la aplicación de categorías, conceptos, tipos concebidos a menudo para otros usos, sobre otro material empírico en los medios académicos más desarrollados, a las realidades cuyo significado tratamos de desentrañar. Esto, sobre todo, si se mantienen las cautelas necesarias que involucra el comparatismo, si, más brevemente, se saben usar. En realidad, estoy planteando opciones como si el estudioso de la política se moviera en América Latina en un ámbito fluido, donde nada le opondría resistencia como no

fuera la pobreza de sus medios y la complejidad problemática que ha de enfrentar. Todos sabemos que no es así y que a los límites implícitos en sus propios alcances se agregan los que vienen del contexto socio-cultural, de convicciones presuntamente intachables, de lo que se piensa por parte de los otros que debiera ser o hacer.

No voy a proceder aquí a una enumeración ni siquiera a reseñar la dolorosa historia de la suerte de los científicos políticos y sociales bajo regímenes de autocracia tutelar conservadora. A los hermanos del Brasil les tocara algún día hacer el balance completo de tal etapa y si aquí la menciono es por su prioritaria jerarquía. Me quiero referir, mejor, a contingencias menos identificables, a riesgos más difusos que la emergencia de algunas situaciones, como la actual argentina, más pudiera intensificar que rebajar.

Cada solución latinoamericana que se afirma como nacional –digámoslo brevemente– presume como heroico punto de partida lo que aquí no hay otra forma de llamar que como “emanatismo” y “peculiarismo” (en este sentido Chile es la única saludable excepción). En suma: cada programa político nuevo resultaría algo así como el efecto de una especie de secreción sagrada, de emanación material de la realidad misma y el sistema de ideas, así misteriosamente conformado no tendría relación, contactos, débitos con ninguno de los otros que en el mundo han sido. Sabemos, claro está, qué cautela mueve estas afirmaciones, qué riesgo ha supuesto hasta ahora en el sistema de poder hemisférico aparecer instrumentado por ideologías foráneas, es decir, por aquéllas lo suficientemente recientes como para no haber adquirido todavía carta de naturalización.

Sería en realidad este nacionalismo sólo una ideología más en la que el pensamiento teórico y la práctica política puedan discriminar entre los contenidos reales y los elementos míticos, entre su funcionalidad como promisoría afirmación colectiva y sus riesgos anejos.

Sin embargo, algunos de estos riesgos me parecen tener demasiado que ver con el destino del sector científico que nos interesa como para que no tratemos de identificarlos. La convicción, por ejemplo, de que una comunidad nacional es un entramado de elementos inamovible y de que no existe –o no actúa– esa dimensión humana llamada la invención histórica. O la de que tampoco hay lazos de interdependencia entre las sociedades nacionales y mas aún: que las colectividades pertenecientes a un mismo círculo de civilización no presentan estructuras y componentes altamente similares o por lo menos muy próximos. Esto, se soslaya aunque se admita y aún exalte una comunidad de origen occidental y cristiano, o latinoamericano o una pertenencia al Tercer Mundo o a “las naciones pobres”.

Nadie entienda esto como un intento de diatriba contra una corriente doctrinaria de la que, en tantos aspectos, me siento muy próximo sino como el planteo de una premisa para corolarios que parecen amenazantes.

Esta ardida pasión por ser y aparecer enraizado y auténtico que recorre Latinoamérica importa, como es natural, muchas consecuencias. Pero entre las que conlleva, y que en ocasiones se preconiza desde el poder político o ideológico mismo, es el recorte y aún la drástica cancelación de toda la corriente de conexiones y fertilizaciones que desde otras áreas científico-culturales la ciencia social y la ciencia política (esta en condición más ostensible y amenazada que ninguna otra) están en condiciones de mantener, de recibir, de beneficiarse en términos de densidad y riqueza. Actúa así hoy en Latinoamérica una especie de frenético y no siempre muy reflexivo “localismo continental” que alerta contra estas supuestas necesidades poniéndoles la etiqueta peyorativa de “cosmopolitismo”. Pero el cosmopolitismo es, al fin y al cabo, una etiqueta, y bastante antigua, en verdad. La condenación se inviste además de fundamento científico y ese fundamento está representado por la multiforme, invasora relación entre las ideas, las cosas y los comportamientos que la alienación representa.

Existe en América Latina toda una articulada posición proclive a juzgar la cultura entera con que el hemisferio ha vivido un humillante episodio de artera seducción y pasiva aceptación de todo lo que –desde una postura de dependencia y justamente para ahondarla– se ha recibido en materia de técnicas, de ideas e ideologías. Todas, se dictamina, han servido a los enemigos; todas han extrañado, enajenado al hombre de su contorno. Alienación, dependencia e imperialismo se presentan así eslabonados en una especie de silogismo de hierro que solo podrá ser quebrado por una especie de impulso heroico de global rechazo. Poco parece preocupar todo lo que iría involucrado en este descarte. Nadie podrá negar, supongo, que buena parte del esfuerzo intelectual latinoamericano ha estado marcado –desde que él existe– por un real mimetismo, por una recepción demasiado pasiva –a menudo “snob” – a patrones supuestamente impecables.

Nadie creo tampoco que pueda poner en tela de juicio, a esta altura de la historia, el fenómeno de las ideologías y su función habitual de justificar posiciones de poder económico y social cuya función tal vez principal es ser admitidas por aquellos que las soportan. Algo más trabajoso, más arriesgado es –me parece– (y pienso que es aquí donde la Ciencia Política deberá librar la batalla por la autonomía de su estatuto), identificar todo pensamiento con ideología. Es ignorar –como subrayaba el llorado Lucien Goldmann– el entrelazamiento con que, en todo pensamiento, ciencia e ideología conviven. Es aún desconocer la explosividad

posibles, esto es, la tendencia al ensanchamiento y la autentificación de los mismos valores – funcionalmente ideológicos– que las ideologías pregonan y que la historia de la versión de algunos de ellos (piénsese en la de la libertad o la de la justicia) ratifican. Hacer de toda ciencia, toda cultura y todo conocimiento ideología instrumento de dominio es un simplismo eficaz pero en el que nunca el mismo pensamiento de Marx incurrió y aún más que un simplismo un caso del recurrente sofisma de identificación del todo con la parte. Sin embargo hoy se concibe como dependencia e ideología de dependencia todo pensamiento no suscitado dentro de la propia área, una idea que podemos ver reptante en un testimonio histórico tan conmovedor como “La hora de los hornos” y en la palabra de muchos políticos y estadistas latinoamericanos desde Fidel Castro hasta el argentino Oscar Alende, hace pocas semanas. Anatemizar como cosmopolitismo y esnobismo una actitud receptiva ante las corrientes de información desde fuera del área y que no hayan recibido el visto bueno del poder que las haga benéficas, negarle, en suma, a la cultura el derecho irrestricto al máximo de fertilizaciones, contrastes, complejidad y novedad, quitarle la posibilidad de estar al día no siempre por medios de compulsión política sino, a veces simplemente, por medio de arbitrios económicos o fiscales, obligarle a encerrarse en simplificaciones que se mueven en circuito cerrado es de nuevo, y perdónese la reiteración meramente, llanamente barbarie a largo y más bien a corto plazo.

Me resulta de consecuencias dramáticas, por ejemplo, cegarse a la realidad de que en cualquier tipo de sociedades en trance de modernización o ya plenamente en ella, existe un fuerte núcleo de problemas comunes, un fenómeno que hace difícil que el pensamiento por él suscitado sea ideológico y alienado para unos y científico y funcional para otros, más bien que ideológico y científico, variablemente pero esencialmente igual para todos, según tasas a discriminar y estimar. Pienso, por ejemplo, para salir de esta enunciación más bien complicada para la mera audición, que contra todo “especificismo” latinoamericano la teorización sobre la relación entre política e intereses económicos, entre Estado y Sociedad es tan utilizable o no, para trabajar mediante ella sobre cualquier sociedad de América Latina que para hacerlo sobre la de este país, que ha sido el primero en la tarea de asentar estas teorizaciones sobre sólida base empírica.

Nada de la cultura (o de la ciencia) sirve para nada si no sirve al rancho o al “cantegril” (o “favela” o “villa miseria”) –decía no hace mucho tiempo en mi país (y no es por cierto un caso aislado) un diputado que para mayor agravante es amigo mío. Sea; que la ciencia debe servir al hombre y aún empezar por aquellos a los que hasta ahora menos ha servido. Pero

declamar contra la complejidad, la problematicidad, la onerosidad, la aparente o real gratuidad o la sofisticación que mucha actividad científica o meramente cultural parece significar; ponerle límites canónicos a estas características en nombre de la “necesidad social” no es solo ignorar los rodeos, las vías imprevisibles por las que lo que es lujoso suele hacerse necesario, lo que es complejo contundente, lo sofisticado fecundo, sino decretar, a la corta o a la larga, una barbarización cultural mucho más peligrosa que la antigua puesto que se viste de seguridad dogmática. Podrá ser, es, el destino del pensamiento teórico consumirse y consumirse en la acción –la idea de la “realización de la filosofía”– pero este proceso solo se sigue en alegría cuando se sabe que, cumplida la acción y modificada la realidad, esa nueva realidad volverá a reproblematicar todas las seguridades que se hayan tenido.

No creo, como es obvio, que sea solo en Latinoamérica que la Ciencia Política y otras ciencias sociales tengan que luchar contra el reclamo por un uso inmediato y drástico, deban enfrentar la idea de una ciencia sólo concebida como arma arrojadiza. Este inmediatismo que parece negar la desproporción entre las posibilidades de una sola generación y las cargas de la historia, que quiere un “ars” y una “scientia brevis” para una “vita” también, deliberadamente, “brevis” –¿qué pasara si ésta no lo es?– se basa tal vez en un concepto degradado de la “praxis” –sea el contenido de esa “praxis” la Revolución o sea otro– que tiende a desnivelar la necesaria fecundación recíproca de práctica y teoría en la que llamaría el imperialismo viril de la acción y la mera función ministerial, casi sólo amanuense, del pensamiento teórico. Pero mal marcharán, es de suponer, la misma fecundidad de un pensamiento acertado para la acción si al pensamiento no se le ha dejado previamente tomar la distancia necesaria, de algún modo cosificadora, estabilizadora, que evite que el pasto crezca bajo nuestros pies sin que lo veamos (o también el musgo a nuestras espaldas) o los árboles nos impidan ver el bosque.

Como este drama (esta “agonía”) entre la urgencia de la acción inmediata y la irrenunciable distancia que la ciencia requiere se juega básicamente en los centros de enseñanza, y en especial en las Universidades, se puede decir que las latinoamericanas están en general una estación mas allá de lo que el Presidente McGill planteaba, hace algunas semanas, como dilema y que según él es el de si ellas “should devote themselves primarily to the higher education or wheter they should become involved in an active way in social problems.” También en América Latina se da el efecto que esta duda (o mejor dicho la solución de ella) tiene sobre el apoyo material que la actividad cultural recibe y que, en el sur del hemisferio, proviene esencial y casi exclusivamente del Estado nacional, pero también se da este impacto en mucha más rotunda manera. Quiero decir: la estructura de poder

dominante ve a las Universidades como enemigas en cuanto las supone (no descaminadamente) con propósito y en proceso de vertebrar las contraelites abocadas a destruirla tratándolas, como es obvio, en tal pie. Correlativamente los sectores dirigentes de las Universidades mismas aceptan el desafío y no reducen el ritmo de las manifestaciones de disidencia –sobre las que, por otra parte, no siempre tienen el control más prolijo. Pero esas manifestaciones de disidencia involucran, como es natural, altos costos en materia de formación cultural y profesional y aun en idoneidad académica. Pero en tal tipo de acción – muy estimulante por varios conceptos–, al dominar la motivación expresiva sobre la que pudiera llamarse económica o racional –instrumental–, en cuanto relaciona costos y logros, esta ponderación importa poco y aun llega a parecer derrotista u hostil. Sin embargo, este esquema de tensiones que no entra para nada en los determinantes que las han generado, parecería abonar una conclusión más bien lúgubre. Y es la de que, por un desplazamiento sutil de unas pocas palabras, las Universidades y el sistema educativo total que, según los esperanzados pronósticos de los planes de desarrollo, iban a ser los “instrumentos del cambio” estuvieran destinadas, entre otras instituciones, a pagar “los gastos del cambio”, lo que es algo distinto, y aún de un solo tipo de cambio, el drástico, violento, cuyas probabilidades no lucen demasiado en el horizonte. Suponemos jugados todos estos conflictos desde lo que podríamos llamar la plataforma cultural de una sociedad periférica. Pero concibamos ahora que esa actividad periférica y cultural es promovida o financiada desde afuera –y este es un caso que, como todos sabemos, ha sido y sigue siendo tema candente en nuestros países y en otros del Tercer Mundo. Ciertamente es, nos parece, que “conocimiento es poder”, que la información, como tanto ha insistido David Apter, puede reemplazar (aunque no siempre) a la coerción, que el dinero tiene una alta capacidad de soborno porque “allá donde está tu tesoro –dice el Sermón– está tu corazón” y cierto es todavía que existen sectores enteros de investigación, como es el caso de aquellas sobre control social, que tienen una clientela segura aunque nunca sea tan seguro a cuantos fuera de ella puedan servir.

Con todo, me parece que usar estas sumarias si bien sólidas evidencias para ratificar tendencias a un insularismo cultural que también halaga muchos intereses, implica saltar alegremente sobre otras evidencias cuyo peso me parece también extremadamente grande. Tal me parece, por ejemplo, la posibilidad de que una actitud global de reticencia y apartamiento, movida por la convicción de que el mundo y los intereses del mundo corrompen, o arriesgan hacerlo, representa lo que, con términos de la historia religiosa reciente, llamaría una “actitud preconiliar”, tan arcaizante y pura como infecunda. Tal me parece también la imposibilidad

de establecer pautas fijas sobre temas de investigación o construcción, sobre sostenes o asignaciones en torno a lo que, al fin y al cabo, depende de la integridad personal del investigador, de la claridad de sus motivaciones doctrinales, de la sustancia de sus proyectos. Tal asimismo y por fin, la de la “docta ignorancia” que puede recomendar la inseguridad última sobre a qué fines un conocimiento adquirido servirá y a quiénes servirá, sobre cuáles pueden ser las vías, digámoslo con más claridad, por las que conocimientos motivados por intereses de dominación pueden llegar a militar contra ella y también, lo que no es nada hipotético, sobre cuántas pueden ser las circunstancias que hagan que la trayectoria pueda tener dirección inversa.

De todo lo que estoy diciendo me parece que ya podría establecerse que voy en pos de dos deducciones. La primera es la de que la teoría política latinoamericana tiene que preocuparse por servir, en tanto el destino de toda ciencia y toda cultura es ser función de las necesidades del hombre, arma para la liberación del hombre y aún liberadora de sus parciales liberaciones. Pero creo que aunque en tal condición no sea la única en que está, puesto que igual puede ser la de otras ciencias del hombre, la sociedad y la cultura, este servicio reclama que a menudo sea cumplido en forma muy especial, seguramente mal entendido y a menudo peligrosa. A menudo, no siempre, tendrá que parecer, no ser, abogado del diablo.

¿Porqué? Pienso que con mayor frecuencia de la que quisiera, poniendo la duda en los estados de fe, aventurando la crítica en los estados de unanimidad, asumiendo la resistencia en las situaciones de compulsión.

Aunque los sistemas políticos de defensa del “statu quo” social tampoco gustan del científico-social, como lo conocieron los universitarios del Brasil desde 1964 y los de Argentina en 1966, resultará claro que me estoy refiriendo a los antagónicos a estos, es decir a los de cambio auténtico y drástico por más que no asuma las exterioridades algo apocalípticas de la revolución. Aquí creo que, en especial el científico-político o social, como vanguardia más ostensible del sector intelectual, deberá ser, como decía, el hombre de la crítica, el hombre del no, la voz que invoque aquellos valores que amenaza el cambio drástico y su dialéctica, entre los cuales –siempre previsiblemente– están los de la libertad de pensamiento y de manifestación, el derecho al más alto nivel de información y aun la trascendencia de toda creación cultural auténtica a todo programa compulsivo que le fije función o límites inmediatos. A él le ha de tocar siempre, creo, recordar una realidad que casi dos generaciones alumbradas a la conciencia política después de 1940 parecen no solo haber olvidado sino desconocer literalmente y que es la de los costos de una Revolución y la de la relación entre

éstos y sus premios, algo, supongo, que todo proceso de cambio social debe prever. A él le toca también la reflexión, casi seguramente desoída, sobre las vías de aminorar aquellos costos e incrementar estos logros a través de un reajuste constante para el cuál los procesos ya cumplidos más amonestan en lo que no hay que hacer que en lo a hacer positivamente.

En una de las omnisapientes entrevistas que a menudo concede, recordaba Jean-Paul Sartre la frase de un científico soviético sobre la seguridad de que una vez que la planificación y la propiedad colectiva de los medios de producción hayan enjugado de la existencia de las gentes todas las miserias eliminables, entonces, recién entonces, la condición humana podría enfrentar con tranquilidad de conciencia su propia trágica índole, los límites infranqueables que el tiempo, la finitud, la incomunicación, la muerte le ponen. Parecerá seguramente que me alejo excesivamente del tema de las posibilidades y las promesas de una función profesional al mentar esto. Sin embargo creo que no lo hago tanto al postular meramente que el científico social y político –aquí sólo como intelectual que maneja un mejor caudal de evidencias– está en posición privilegiada para amonestar que este carácter trágico de la condición humana no espera plazos para ser percibido, que en toda acción social de gran aliento se entrelazan la inmanencia y la trascendencia, la esperanza y la oscura percepción de una oquedad última más allá de toda felicidad, un sinsentido más allá de todo logro. Al final del Libro VI el Eneas de Virgilio, pronto a volver a la luz del día y al contemplar las almas que regresaban a la tierra a reencarnarse le preguntó, incrédulo, a su padre Anquises como era que existían quienes quisieran retornar desde aquellas praderas de bienaventuranza a aquel mundo de sufrimiento y privación. No parecía pensar que ese mundo era el mismo hacia el que él mismo, con apariencia tan firme, se dirigía, y nada menos que a fundar un Imperio.

La ciencia siempre tiene una función desacralizadora sobre las creencias, las ilusiones de los hombres y la ciencia política y social la cumple en aquella zona de las convicciones sociales donde ellas están más intrincadamente ligadas con los intereses y los impulsos individuales y grupales de autoafirmación.

Es de suponer, por ejemplo, que en lo que a la Ciencia Política atañe, haber desentrañado los condicionantes sociales que estrechan el funcionamiento del modelo político y gubernativo democrático, haber señalado los límites que circundan su validez, los poderes invisibles que rondan al poder formal, que inciden sobre él desde adentro, desde abajo, desde atrás, representan ya una tarea realizada e incorporada a las percepciones del hombre común en vastas zonas del mundo. Menos éxito ha tenido, supongo, la sistematización de las vías, de los procesos concretos por las cuales el condicionamiento social de los regímenes pluralistas

se efectiva y gran tarea espera aquí a la teoría, pese a los pioneros pero sumarios planteos de Miliband, a los penetrantes de Lowi y a la más pretenciosa teorización de Poulantzas. Sin perjuicio de señalar que esta última, tan difundida hoy en Europa y Latinoamérica, es dechado, a mi juicio, de abstracción, deductivismo y manejo talmúdico o también “escolástico” de los “textos” indiscutibles en detrimento de toda mirada a una realidad desbordante de significados.

Creo, sin embargo, que si la tarea científico-política quiere realmente servir no debe escabullir el deber de enfrentar y a veces deflacionar también las nuevas sacralizaciones que el pensamiento crítico-social de Occidente ha ido entronizando en los últimos años y que tan amplia circulación tienen en otros círculos del mundo como en la esfera latinoamericana. Muchos ejemplos podríamos alegar de estas nuevas sacralizaciones pero ninguna se me ocurre más reveladora y más grave que la que está operando sobre la teoría de la dependencia según el uso a que se la somete y el significado que se le atribuye.

Si las interacciones sociales raramente son simétricas (fuera –y no siempre– del amor y la amistad) y la realidad invasora de las relaciones de poder es justamente inseparable de su asimetría, si ellas importan un miembro dominante y un miembro dependiente, admito buenamente que haber transferido esta evidencia a la relación entre las zonas centrales y desarrolladas del mundo y aquellas subdesarrolladas, o marginales, o periféricas represente sin discusión ganancia sustancial. Tal vez, como en tantos otros casos, el éxito del concepto acuñado ha descansado, más que en otra cosa, en haber hecho explícito, en haber organizado un sector de la realidad cuya naturaleza y entidad era percibida, aunque imperfectamente, bajo otros rótulos. Que en este caso, supongo, eran el imperialismo, como fuerza, o el colonialismo, como tendencia, haciendo referencia a procesos desencadenados desde fuera del área misma, trascendentes a ella; o el “factor externo”, categoría o variable demasiado abstracta y ancha, en verdad. Frente a ellas parece claro que dependencia designa mejor un estado o condición estables, generados a través de la inserción del área desfavorecida en un contexto dentro del cual cada sistema nacional, cada grupo social, o local o regional se desenvuelve. Creo que tal manera de ver las cosas ha sido capaz de iluminar cada historia nacional y cada proceso político, económico, social o cultural particular mucho mejor de lo que lo hacía una concepción que los examinaba prioritariamente de manera endógena para sólo después hacer incidir sobre ellos los factores externos.

Con todo, pienso que empleado sin la cautela debida, el peligro implícito en que pese a su utilidad ya sea, en sí, un concepto tendencioso, una categoría que empuja a mirar las cosas de

cierta manera, se hace ostensible y los errores que promueva pueden ser mayores que los aciertos que facilite. Tal vez esto, sobre todo, ocurra cuando se pierde de vista que esa dependencia es especie dentro de un género más amplio y de un fenómeno más general de interdependencia y que, entonces, como interdependencia asimétrica importa en cada caso concreto una relación de supra y subordinación cuyo grado es necesario establecer. Ello no ocurre cuando se le convierte en un “deus ex machina” y en una “bonne à tout faire” de toda la historia latinoamericana, en una clave suficiente de cualquier acontecimiento. Y esto ocurre, más precisamente, cuando es manejada sin atender a que la situación de dependencia debe refractar en la existencia y el comportamiento de fuerzas sociales internas que la sirvan y se sujeten a ella, condición esta en la que ha insistido muy justamente Fernando Cardoso.

Todas las sociedades infortunadas y problemáticas –y ¿hay en realidad sociedades libres de estas características?– tienen demasiada inclinación a buscar chivos-emisarios de esos infortunios para que una categoría que tan fácilmente los identifica, como la de la dependencia lo hace, no pueda convertirse –mediante una concepción mecanicista y determinista de la conducta de sociedades y grupos– en esa gran absolución para todas las debilidades, defectos y fallas de responsabilidad que siempre esas sociedades, esos grupos reciben tan buenamente. Como dice Rosenzweig, la respuesta extrapunitiva es en el niño siempre más infantil que la intrapunitiva. Más infantil y más fácil, no solo para los niños sino también para los grupos humanos.

Todo ello hace que a veces creamos –pero esto es sólo una suposición– que los más simples conceptos de marginalidad o periferia podrían ser más útiles, más idóneos para explorar las modalidades del subdesarrollo. De ese subdesarrollo cuyos orígenes, pese a tanta labor en torno a él, no están bien establecidos, pero que se identifica, sin duda, con ese clivaje progresivo con que se inició el proceso de modernización a escala mundial y a uno de cuyos lados (bajo la acción de factores sobre cuya identificación e interacción existen muchas oscuridades) el costado latinoamericano quedó.

De la noción de un estado de dependencia –omnipresente, omniexplicativa, invariable salvo la ruptura violenta– creo que se desprende, con la naturalidad con que lo hace del árbol el fruto maduro, la teoría de la “conjura”, del “complot” como única clave del atraso y la marginalidad latinoamericanas. Quiero precisar desde ahora, para evitar equívocos, que no supongo que en la historia los fenómenos ocurran con la ciega espontaneidad que solemos atribuirle a la naturaleza y la teoría del “complot” para influir en el curso de los acontecimientos políticos y sociales tiene precedentes demasiado cercanos y demasiado claros

como para que podamos dudar que haya ejemplos que la sostienen. Pero la teoría del “complot”, además de servirnos para enmarcar ciertos hechos, va en camino de reemplazar totalmente las otras –caso de la de los “lastres”, que el pasado colonial-hispano, o latino, o católico o indígena, implicaba; la de las “culpas”, de ambición, pereza, anarquía, fútil lucha política en que nuestros pueblos y/o sus dirigentes habían incurrido– que el pensamiento latinoamericano concibió para explicar nuestro subdesarrollo (o nuestro “atraso”, como antes se prefería decir). Allistair Hennesy sostiene que "la teoría conspirativa se ha hecho parte integral del radicalismo latinoamericano" pero sospecho que es también parte integral de otras posturas ideológicas.

Valdrá tal vez la pena hacer alguna precisión sobre lo que estoy arguyendo. Me refiero a una concepción de la historia y de la vida colectiva del presente esencialmente esotérica, que ve la dirección de todos los acontecimientos como el resultado de las decisiones de esas “fuerzas ocultas” de que hablaba Getulio Vargas en su emocionante carta-testamento. Esas fuerzas, que se identifican con naciones, o estados, o clases, o sistemas se suponen dotadas de una malignidad invariable y específica, una continuidad de organización asegurada en ciudadelas institucionales de incontestable poder, una capacidad de deliberación y decisión para el cálculo de su impacto, para el alcance de sus metas que no tienen prácticamente límites. Pero tampoco tendrían límite su aptitud para la acción secreta, para la conspiración con los elementos nativos que han de implementarla o secundarla, ni su capacidad para ganar la voluntad de estos ya sea por la prevaricación o el cohecho ya sea por la vía más sutil de la ilusión ideológica, de “la trampa de las representaciones mentales” en la que se hundirá el alienado de buena fe. La saliencia que tenga uno u otro medio introduce un matiz en la doctrina, pero en uno u otro caso emerge de ella la clásica figura del “vendepatria”, del “cipayo” de las sociedades latinoamericanas. De más está decir que las metas últimas del complot son siempre el despojo, la explotación y la mediatización de sus víctimas; sus metas intermedias son el fomento de la división entre los dominados, la pérdida de sus defensas doctrinales o de su fe, el sabotaje de cualquier tentativa de desarrollo autónomo.

Sucesiva o simultáneamente muchas han sido estas fuerzas ocultas, a veces secretas, a veces sólo discretas, que se han turnado ante la denuncia latinoamericana, según sean los intereses o afinidades doctrinarias de cada uno. La City y el Foreign Office, el Gran Oriente masónico y el Gran Kahal, o Roma, o la Compañía de Jesús, o el Opus Dei, Wall Street, el Pentágono, la CIA, Ithamaraty, Moscú, Pekín, La Habana, el Komintern y el Kominform... Pero pienso, sobre todo, en concepciones como la del “poinsettismo” del mexicano

Vasconcelos, en la teoría de la acción británica en la Argentina, de Raúl Scalabrini Ortiz, o la curiosa idea de una “sinarquía” en la que se juntarían casi todas las fuerzas actuantes hoy de la enumeración que acabo de hacer y que tiene su ambiente en algunos círculos peronistas de la Argentina actual. Son concepciones capaces de imaginar una fuerza que maneja indiferentemente partidos conservadores y partidos revolucionarios, grupos sociales de clase alta, y clase media y clase baja, las seducciones del socialismo y la poderosa nostalgia de las religiones tradicionales, los intereses de las corporaciones internacionales y los de las economías socialistas como si fuera un solo gran teclado en el que una mano sobrenatural, malévol y, agreguemos, psico-socialmente, históricamente, estructuralmente inconcebible, eligiera para cada paso el compás mas justo.

Pero si las sociedades secretas, como observaba Lukacs, no son la enfermedad sino el síntoma, esto también puede decirse de otras estructuras de poder no visibles, inaparentes. Si esto es una cautela hermenéutica a no olvidar, también lo es la observación de René Remond, de llano sentido común, de que las interpretaciones que la historia realiza ex-post-facto de los acontecimientos suele darle a estos siempre una coherencia, una determinación que, en verdad, no tuvieron.

Sin embargo, todo escepticismo ante la existencia de conglomerados tan descomunales de poder se rechaza como indicio de complicidad con ellos; todo reclamo de pruebas de que así actúen se contesta con que las fuerzas secretas no dejan vestigios de sus conciliábulos, toda voluntad de clarificación que resulte peligrosa se contrarresta movilizand la amplia receptividad para el misterio y aun para el escándalo que alienta en la mayoría de las gentes.

Reitero: no creo que deba dudarse que buena parte de las decisiones que afectan la suerte de un pueblo y que a alguna altura de su implementación se muestran y movilizan a la luz del día, no se documentan en la prensa, ni en libros de actas ni en “partes” de comandos y, recuerdo de nuevo, ejemplos hay todos los días de tales acciones.

Pero de eso a suponer, como dice el brasileño Simon Schwartzman (de la de su país), que nuestras historias no han sido más que un juego de fantoches movidos por manos ajenas, hay buena distancia.

Por los ejemplos que estoy poniendo parecería que ser abogado del diablo fuera lo principal de nuestra tarea. Aclaro: es sólo una parte del ella, sobre todo si supusiéramos optimísticamente que nuestros medios son ilimitados para cumplirlas todas. Como es obvio ello no es así sino lo inverso: esto es, que la Ciencia Política latinoamericana parece destinada a tener que actuar más urgida, con harto mayor pobreza de medios que aquellos de que

disponen las más desarrolladas, sin poderse conceder la densidad de base empírica, la sofisticación de técnicas, el refinamiento teórico y, en especial, tipológico que caracterizan, sobre todo, a la ciencia política norteamericana.

Presumo, sin embargo, que existe una tarea, urgente en términos mundiales, para la cual nuestra posición marginal a los grandes centros tradicionales de creación científica y esa propia vocación sincretista de la cultura latinoamericana (que hace ya un tercio de siglo subrayaba el mexicano Alfonso Reyes) nos habilita muy especialmente. Me refiero al esfuerzo más riguroso, sistemático y audaz posible para integrar en un cuerpo único de pensamiento los logros de la sociología política angloamericana y la economía de origen europeo-occidental, especialmente en cuanto esta involucra una categorización subordinada, meramente instrumental, de lo político como esfera y de la política como actividad. Digámoslo más concretamente: una tarea de integración entre ese ápice de la sociología anglosajona que es el funcionalismo y sus corrientes conexas y ese ápice de la crítica social que es el marxismo, sobre todo en la versión más rica y libre del marxismo occidental europeo. Esta labor, que algunos teóricos marxistas –como es el caso de Nicos Poulantzas– parecen iniciar en Francia algo rígida y trabajosamente, científicos sociales latinoamericanos nutridos en ambas fuentes –y aquí me place nombrar al brasileño Fernando Henrique Cardoso, al argentino Torcuato Di Tella, al mexicano Rodolfo Stavenhagen, al colombiano Antonio García, al chileno Aníbal Pinto Santa Cruz– muestran como pueden concurrir y fundirse en la praxis misma del ejercicio científico sin contradicciones ni incoherencias observables. Cuando hablo de concurrencia, me refiero, claro está, a un funcionalismo que ya fue sometido a revisión por el más afinado análisis –y aquí también me gusta nombrar como particulares devociones a Barrington Moore y a W. G. Runciman. Es decir: a una concepción funcionalista de la política que, si se sabe segura de su capacidad de responder al “qué”, al “cómo” y al “para qué” del subsistema, tiene conciencia de su indigencia para la explicación del “porqué” y sabe aún que el “para qué” global no da la clave del “para quiénes” –sectores, clases, intereses, grupos–, ese “para qué” tiene un significado y cual es él.

Si se me permite una confidencia aún más confesional que todo lo que estoy exponiendo, diré que soy ciudadano de una nación que en menos de cuatro años pasó de un sistema de coalición y equilibrio entre varios niveles sociales, de una acción gubernativa respetuosa de la legalidad y de todos los derechos individuales, de la hegemonía de un personal político de origen y nivel medio, adiestrado en el ejercicio cotidiano de todas las formas de compromiso; de una nación que pasó de todo esto, digo, a otro sistema, diametralmente distinto, de

imposición prácticamente autocrática, ilegalidad y represión desembozadas, ejecutado por un lote de agentes gubernativos –militares, grandes empresarios bancarios o propietarios de la tierra– que llegaron en forma casi torrencial, un día, a roles y funciones de las que habían estado normalmente –grupalmente– muy alejados. Si se repara en este esquema –tosco, pero creo que esencialmente fiel– se puede sospechar que las claves marxistas sobre la dominación social, las relaciones ente el poder económico y el poder político, los antagonismos de clase, la acción del dinero sobre la política, la democracia como una apariencia que puede caducar al compás de presiones sociales, me sirven, han servido más que las tipologías o los modelos del conductismo y el funcionalismo para entender lo que en torno mío y de todos ha ocurrido.

En un plano más general me parece seguro que vayan siendo cada vez menos aceptados por la teoría política latinoamericana (por discreción hablo sólo de ella) la concepción de una sociedad global que deja como cuestión ulterior y menor la interna estructura que determinen para ella relaciones sociales tan gruesamente desniveladas como estas suelen ser. O el soslayamiento de las cuestiones del poder respecto a las de la función. O la idea del consenso y la integración como realidades estables, normales de las sociedades. O la concepción de un cambio político y económico unilineal que haya de recorrer las mismas etapas, que seguir las mismas pautas que aquellas que siguieron las sociedades occidentales desarrolladas. O, todavía, la insistencia (que a veces se diría sospechosa) en insistir en la apariencia poliárquica de toda sociedad industrial madura como si la evidente exigencia de elites funcionales plurales que ellas implican, cancelara la posibilidad (no digo siquiera la necesidad) de entidades más unificadas y menos ostensibles de poder tras ellas.

Creo, sin embargo, que es bajo el fuego de esa corriente, cuyos principales supuestos acabamos de objetar, y sobre todo desde esa suntuosa acumulación de medio siglo de investigación empírica que ha marcado, que muchas de las aseveraciones de la crítica social y del marxismo –esas “toscas verdades” de que hablaba Joan Robinson– han de cambiar de acento. Diré: han de pasar de ser las soluciones predeterminadas, las recetas hermenéuticas que originariamente no quisieron ser a las flexibles categorías interpretativas y las anchas gamas de posibilidades de condicionamiento en las que el análisis de lo concreto tiene que fijar el justo punto de la banda en que se hace efectivo. Para poner un ejemplo algo menos confuso que esta comparación, supongo que si podemos asentir a la valiosa aunque a la vez sumaria aseveración de que el subsistema político y en especial el “Estado”, según lo entiende la tradición europea, es reflejo y expresión de una estructura social, sea de presumir que dos expresiones de calado muy distinto sean el famoso dicho de Marx en el que es el “comité

ejecutivo de los negocios de la burguesía”, el alquilón de la clase superior que en las etapas previas a la democratización política y a la organización social de los trabajadores indudablemente fue, y la otra que concibe a ese Estado como expresión y reflejo de toda esa estructura social y de todas las tensiones y relaciones que dentro de ella se dan. Casi me parece ofensivo destacar hasta que punto esta segunda formulación, admitida por algunos marxistas europeos, es mucho más flexible y comprensiva, en cuanto permite incluir la primera como caso posible pero también tener en cuenta los fenómenos de equilibrio y los complicados procesos de mitigación y compatibilización de la hegemonía social que las sociedades desarrolladas conocen.

También parecen dictámenes diferentes el reconocimiento de la condición del Estado como instrumento de la clase, o coalición o “bloque de poder hegemónico” que domina la estructura social y uno diferente el que desconozca junto a esta función, otra de coordinación y organización sociales que ni Marx ni Engels negaron nunca, aunque prefirieran identificarla en las sociedades primitivas, y la relación dialéctica entre esas dos funciones, su conflicto, su acción de modificación recíproca.

Una cosa también es la verificación de que el personal que sirve ese aparato de dominación y organización que es el Estado comienza haciendo justamente eso: sirviendo, y otra diferente cegarse al posible reconocimiento de cómo el cumplimiento de esas funciones puede ir suscitando –y así lo hace en muchas sociedades– un grupo fuertemente investido –subjctiva y objetivamente– con una función propia –e incluso económica, e incluso productiva a través de su gestión de servicios o en la producción de bienes materiales–, un grupo social, con una ideología a veces marcadamente distinta a la ideología de los sectores dominantes en la sociedad y con unos intereses resultantes también distintos a los de todos ellos.

Una posición en fin, es subrayar el condicionamiento de todo proceso político al sistema social y otra prescindir de la cadena de mediaciones que hacen comprensible la autonomía relativa de la política –una expresión también “relativamente” contradictoria y que tal vez pudiera servir para darnos una pista. Esa pista tal vez nos llevara a verificar que todas las autonomías –incluida la de las fuerzas de producción y excluida solo la probable “aseidad” Divina– son relativas, que la heteronomía, la menesterosidad de todo respecto a todo sea tal vez la gran ley universal. En resumen: saber que no hay prácticamente fenómeno político que sea comprensible sin la acción de grupos sociales con intereses determinados, atender que los más importantes de ellos son los de ese tipo llamados “clases” y que esos intereses son predominantemente egoístas y posesivos, percibir que esos grupos luchan y estabilizan sus

relaciones y entran nuevamente en conflicto: advertir que esos grupos proyectan sus intereses, las ilusiones que conciben sobre sí mismos y los demás, los argumentos más persuasivos para propios y extraños en las representaciones mentales llamadas ideologías, me parece, para poner un último ejemplo, el tosco esquema sin el cual no podríamos pensar la realidad política y social y del cual nadie, en la autenticidad de su reflexión, prescinde. Otra cosa creo, y aquí es donde sospecho que resulta decisiva la mayor afinación científica de otras orientaciones sistemáticas, es tener excesiva seguridad en que sea todo lo que determina la operatividad de esas clases, su relación recíproca, su posibilidad de nuevas configuraciones. O sobre qué naturaleza, amplitud, alcance e incluso ambigüedad poseen o puedan poseer ese “interés” que indudablemente las identifica o sobre qué línea separa su ostensible, cotidiano conflicto y la pregonada fatalidad de su guerra final e irreconciliable. O, por fin, sobre qué elementos de falsificación deliberada o inconsciente y qué ingredientes de visión objetiva entran en esas “ideologías” que siempre vemos actuando más o menos definidamente en función de sostén.

Estoy tal vez apuntando en todo esto una exigencia de disponibilidad, de apertura a lo real y este es un reclamo deontológico de valor general. Pero tal vez en ningún medio como en aquellos intensamente socializados por las ideologías se haga más difícil ver crecer el pasto bajo nuestros pies, identificarlo en su vigor y en su clase. Y esto es siempre una lástima pues pienso, por ejemplo, que en algunas coyunturas político-sociales latinoamericanas se ofrece con mayor saliencia que en muchas sociedades más desarrolladas y maduras el efecto que está ejerciendo la creciente intervención tecno-burocrática sobre una incipiente estructura tricotómica de la sociedad y por ello distinta de la antigua de proletariado, clases o sectores medios y burguesía. Hay barruntos de que muchos procesos están incidiendo éste de naturaleza social, y ninguno, aunque actúe indirectamente, parece de mayor importancia que el de una automatización de la producción que lleva camino de privar de sentido a distinciones tan tradicionales como las de productores directos e indirectos, trabajadores productivos e improductivos. No es clara todavía la modulación ideológica que refleje los intereses, la función y la creciente sustantividad de ese sector, aunque esto a veces se advierta tenuemente bajo la uniformidad de la justificación doctrinal del más a la derecha de los sistemas políticos latinoamericanos. Si ello se acentuara progresivamente, esa estructura tricotómica a que aludía podría mostrar su centro en unos nuevos sectores medios, fundamentalmente continuos, pese a su rica diferenciación interna, un continuo sólo discontinuo hacia arriba, con la cúpula privilegiada y hacia abajo, de la masa marginal. No digo que esa estructura sea mejor, ni mucho más justa que la tradicional; digo simplemente

que si fuéramos capaces de advertir sus contornos podríamos ver que el sustento social de los sistemas políticos tradicionales, muchos fenómenos: el de su legitimidad, el del apoyo que reciben, han variado drásticamente.

Pienso también que algo semejante ocurre con categorías como la del “vacío de poder” o la de la “crisis de la hegemonía”, para emplear la expresión de José Nun, que puede estar cubriendo –y ocultando– situaciones mucho más frecuentes y variadas que aquellas convencionales en que se la invoca y que, por ello, exigiría ser mucho más refinada, más profundizada de lo que actualmente lo está.

Creo igualmente, aunque no sea fenómeno que nos implique únicamente a los latinoamericanos, que aun para aquellos para quienes tienen condición de dogmas la estricta correspondencia entre los procesos de poder económico y su instrumentación gubernamental, el ascendente poder de las corporaciones multinacionales plantea un acuciante problema, una cuestión que recién empieza a asomar. Esto es: ¿cuál va a ser la expresión política estable de estas inconmensurables fuerzas económico-financieras si sus movimientos son capaces de afectar tan fuertemente como acaba de ocurrir los propios intereses nacionales de aquellos estados que más públicamente, más visiblemente, se han identificado e identifican con ellas?

En todos esos fenómenos creo que debe otear el científico político y social latinoamericano y ser capaz de ofrecer el diagnóstico acompañado, por lo menos, a falta de la seguridad de la previsión, de la posibilidad ponderada. O, diciéndolo inversamente: la propuesta fundada en el diagnóstico, el cálculo cuidadoso de las probabilidades y su punto de vista valorativo muy claramente articulado.

Entre las respuestas prefabricadas de las ideologías y el pragmatismo desprolijo de la política activa tal vez le corresponda, por ese medio, hacer la tentativa por amortizar lo que mi compatriota Aldo Solari ha señalado justamente como la pobreza prospectiva y proposicional del pensamiento político latinoamericano.

Incluso parecería que, por la misma índole de sus funciones y por la misma naturaleza de su perspectiva, le hubiera tocado a la teoría política del presente efectivizar en su ejercicio –diría también, preconizar– determinados valores que, por su tradición y por su corriente significado, pertenecen unos al patrimonio radical, otros al liberal y unos terceros al que llamaríamos clásico y aún conservador. Es claro que no me estoy refiriendo a una ciencia presuntamente libre de valores sino a una ciencia que, en el sentido de Weber, al mismo tiempo que los acepta trata de amortizar el sesgo de visión que impliquen, sabiendo, de

cualquier manera, que los mismos resultados de su tarea estimularán determinadas estimaciones y alentarán determinadas conductas.

Debo ser ya muy breve y simplemente postulo. Al tener como supuestos el condicionamiento del sistema político al sistema social y el de cada sociedad nacional a ese sistema internacional de interacciones tan desniveladas a que ya hice referencia, al tratar de ir a las raíces de los fenómenos que estudia, la Ciencia Política es siempre de alguna manera –y no solo etimológicamente– “radical”. Pero también lo será cuando apunte el carácter global que asumen progresivamente en las sociedades los cambios realmente efectivos, por mucho que este cambio pueda ser desencadenado desde ciertas variables estratégicas cuyo ritmo y tiempo se prevé, se cuida y se regula. Y ¿qué significa en último término (y desembarazada de representaciones más o menos míticas) la Revolución sino esta voluntad de radicalidad, de totalidad y de sincronización? Ello aunque esta voluntad no haya de ejercerse en una sociedad que en un momento dado se quiere, o se tiene, como una materia dócil para que un poder democrático la modele.

Creo asimismo que, si ha de ser más que esquema ideológico, una ciencia política, que ahora solo particularizo a Latinoamérica para ser fiel con mi punto de vista, si ha de ser tal, si es tal, el enfoque teórico-político serio no carece nunca de ese sentido del espesor de la trama social, de la complejidad de su estructura, ni del respeto que siempre merezcan como el “dato”, como lo dado, como lo que no se puede esquivar y que a veces cumple funciones latentes que no percibimos de modo fácil. Este es todo un lote de actitudes, en suma, que suelen identificarse con la filosofía política conservadora y lo mismo me parece que ha de ocurrir, y la misma afiliación es posible que sea marcada, cuando el examen científico señala la importancia que la internalización del cambio social posee si es que ha de traducirse en comportamientos y valoraciones concretas, así como cuando subraye el sentido que ha tenido y sigue teniendo en la existencia de las sociedades el lote de los cambios graduales e insensibles. Aunque ellos no lo sean todo y hasta exijan o promuevan, para completarse, el otro tipo de cambio deliberado y planeado (algo que la doctrina conservadora concederá muy a regañá dientes), señalar la entidad del tipo menos percibido no deja, pienso, de tener gran significación. Quisiera postular también, como una inferencia de innegable filiación conservadora, que la mirada científica sobre la política y la sociedad probablemente esté en caso de ratificar la del valor de la diversidad, de la variedad como características que enriquecen un sistema político y social, le confieren flexibilidad, capacidad de creación, poder de supervivencia.

Pero es de suponer, también, que si el análisis histórico-social o histórico-político es capaz de mostrar la positividad de la diversidad interna de un sistema, también está en condiciones de probar que, más allá de un cierto “óptimo”, esa diversidad solo empieza a generar la desintegración, la anomia y finalmente el caos.

Por lo que, al fin y al cabo, en este plano de su acusación la fórmula ideal de todo sistema sería la vieja definición clásica de la belleza como la unidad en la variedad y la variedad en la unidad. Parece claro, con todo, que me estoy refiriendo a diferencias sustanciales y no a una pluralidad de etiquetas de un mismo producto; me resulta también bastante revelador que esa misma filosofía convencional del conservadorismo que, remontándose al antecedente ilustre de Burke, invoca tales valores, tenga hoy por función ideológica principal cohonestar un sistema que, como el capitalismo, es el más grande homogeneizador de ideas, gustos, comportamientos y costumbres que el mundo ha conocido. Por lo que también podríamos reclamar como tarea del análisis político este examen de valores que sea capaz de desglosarlos de la trama de intereses en que se inscriben y ponderar su función y su significado en otros contextos.

Tal vez sea menos aún patrimonio exclusivo de una filosofía social conservadora cierta voluntad de ver sin velos, sin ilusiones los auténticos móviles que dinamizan a las gentes, ponderarlos sin las cargas de la deliberación y el pensamiento promotivo de las ideologías, llegar a la sustancia concreta con que están tejidas las masas humanas y cada uno de sus sumandos. Se habla del pesimismo maquiavélico o hobbesiano como la primera actitud que fue capaz de fundar el conocimiento científico de los procesos políticos, pero creo que, a este nivel, en la parábola evangélica del trigo y la cizaña y en toda la tradición misma judeocristiana ya late el antecedente del juicio y la perspectiva científico-política. Si aludí a la parábola me refiero a su lección sobre la coexistencia inevitable entre el bien y el mal dentro de cada ser humano, tanto como la de los buenos y los malos –que es su moraleja convencional– pero también a la locura involucrada en separarlos antes de que sea su tiempo, según algún criterio intachable. Si me refiero a aquella tradición entiendo involucrada en ella una cautela sobre el hombre, siempre a medio camino entre la desconfianza en sus impulsos y la esperanza última sobre ellos. Una especie de justo quicio, diría, tan distante del optimismo del utopismo sobre sus posibilidades infinitas como del pesimismo reaccionario que solo lo ve inocuo y útil cuando sometido a la ley de la fuerza.

Cuando hablo, por fin, de los valores liberales hago referencia a eso. a valores, y no – aunque tal vez sea inútil aclararlo– a ningún sistema político o social que haya supuesto, a

menudo erróneamente, efectivarlos. Despejado esto, presumo en cambio que con ellos no estoy haciendo referencia a un núcleo de valores que, como los radicales o los conservadores, estaban, en cierta manera, implícitos en nuestra misma mirada sobre la realidad, en nuestra misma comprensión de los procesos políticos. Creo que más bien se trata de una “persuasión”, la llamaré de este modo, que de la exposición diacrónica de esos procesos político-sociales puede desprenderse. Sobre todo cuando ellos se ponderan en costos de sufrimiento y tensión sociales, en premios, en retribuciones, en fluidez y eficacia para el cambio social, en términos de riqueza y densidad para la comunidad, de felicidad posible y realización posible en términos de existencia individual.

Los derechos inquebrantables de la crítica contra la imposición autocrática –y no solo aquella que los criticados acepten como “constructiva” porque entonces sólo puede hacerse sobre futilidades–, el derecho al disenso a oponer a la compulsión de la unanimidad; el sentido de la relatividad de toda aserción contra ese dogmatismo que es el estilo invariable de la inteligencia subdesarrollada; el valor del compromiso frente a la imposición, la diversidad humana, social e ideológica contra el monolitismo, la homogeneización forzada que es la tentación de gobierno fácil inimaginativo; la condición estrictamente trascendente del hombre que hace que lo empobrezca y mutile cualquier empresa de ajuste o instrumentación –sean la Revolución o la sociedad de consumo– a una pauta social dada: todos estos valores han sido alguna vez enunciados –y tal es el caso del ensayo bastante famoso del profesor Crick– como sinónimos mismos de la política. Puede disentirse con ello; puede pensarse que la estipulación es demasiado estrecha y que hay otros estilos políticos: que esta extrapolación de lo normativo a lo definitorio no es exitosa. Pero creo que sobre todo falta, en formulaciones como la de Crick, el reconocimiento más importante y más decisivo. Y es el reconocimiento de que esos valores o esas “notas” mismas son –también– relativas, no son permanentes sino que suelen oscurecerse o desaparecer: no son imponibles “urbi et orbi” sino que dependen de ciertos contextos sociales, económicos y culturales que solo se han dado muy limitados geográficamente y muy esporádicos en el tiempo. Que esos valores, en suma, son los únicos abiertos, los únicos capaces de autolimitarse y de reconocer objetivamente su propia precariedad. Pero también bajo esos condicionamientos, sí, los más operativos, los más fértiles para la condición de un hombre plenamente humano, si la vida se pondera en términos –¿y hay otra manera de hacerlo?–, en términos, digo, de bondad, de justicia, de verdad.

Percibo que, bajo esta descarga de términos abstractos, quiere tomar vuelo una tendencia al énfasis. Estos balances macroscópicos siempre parecen enfáticos pero, lo que es peor: lo son,

y como todo rioplatense siento un poco de horror –nacido de nuestra convicción de creernos los más europeos de América Latina– por lo que peyorativamente suele llamarse tropicalismo. Pero, si se me permite una reflexión confesional, creo que la situación del conjunto latinoamericano, y sobre todo la de su región atlántica, es capaz de mostrar (incluso para quien sistemáticamente nunca se haya afiliado a ellos) la operancia y aun la necesidad de esos valores que he llamado liberales. O, más modestamente: la mirada clara, la cabeza fría, el corazón bien dispuesto, bien administrado el poco o mucho coraje que se tenga y cautelado contra una crueldad y una violencia cada vez más seguras de sus razones. Cuando las posiciones, los intereses y las pasiones se estereotipan en ideologías de choque esa voluntad de claridad, que no es otra que la de la ciencia, debe aceptar ser el huésped incómodo y aún pagar el precio por serlo.

Por si esta carga de exigencias perspectivas y valorativas pareciera a alguno todavía poco pesada, nada inhibitoria, fácil de llevar, aún me atreveré a agregarle a nuestra teoría política latinoamericana un nuevo rubro. Puede parecer un eco, o un subproducto de lo que la sociología norteamericana y europea de la modernización –como lo han hecho Bourricaud, Lipset, Bonilla, Silvert, Hodara– califica despectivamente como el “arielismo” de los “pensadores” (ambos con comillas). Puedo concordar con ellos en que la preconización de valores y actitud de gratuidad, refinamiento estético, desprecio por la realidad material, tradicionalismo y elitismo fue altamente disfuncional y contradictoria en sociedades devoradas, más aún que hoy, por el subdesarrollo y la explotación, la desnutrición, el analfabetismo, la desocupación, la rutina. Conuerdo menos con ellos en cuanto esa crítica a los “pensadores” de un presunto arielismo y a su difusivismo, su emocionalismo y su particularismo desconoce lo que, justamente, en las sociedades más desarrolladas –como es el caso de los Estados Unidos– ya es una evidencia de sus sectores más originales y despiertos. Me refiero, claro está, a la irremisible limitación e insuficiencia de esa sociedad industrial que tal sociología parece considerar invariablemente como meta final e insuperable. Aludo, principalmente, a sus culpas contra los lazos comunitarios que pueden unir a los hombres, contra una relación armónica entre el hombre y su marco natural o entre el hombre y los artefactos inicialmente concebidos para hacer más libre su vida, contra la riqueza emocional y superracional que encierra la personalidad, contra la posibilidad de pluridimensionalidad y trascendencia que en el ser humano se contienen. No me cabe duda que tal sociedad ya no puede ser cuestionada desde los valores elitistas de culturas ya congeladas –en lo que la crítica a los “pensadores” tiene razón– sino desde la emergencia de las formas de una llamada

sociedad post-industrial, un punto en el que la crítica a los “pensadores” pudiera estar muy descaminada. Es a esa promoción, para la que las comunidades más atrasadas pueden resultar, inopinadamente, las más adelantadas (no reivindicó, naturalmente, la propiedad de este lugar común), que la teoría y la crítica social política latinoamericanas también tienen que servir. Lo que creo que también supone un relativo desaliento sobre el carácter definitivo de las fórmulas o modelos que se arbitren o combatan y aun del de toda política o acción histórica que se cierre a la índole insuficiente y parcial de la cultura en la que está trabajando y aun a la de cualquiera –revolucionaria o estable, conflictual o consensual, industrial o postindustrial– que pudiera sucederle.

*Transcripción a partir una fotocopia de versión mecanografiada por Arturo Rodríguez Peixoto.*